

El tinglado de la moderna farsa

Jesús M.^a Vallarino *

«Vivimos respirando mentira, cogidos todos en una red de farsa o de disimulo, y la verdad, siempre la verdad, acaba por parecer locura.»

(S. y J. Alvarez Quintero,
Doña Clarines, acto II, escena final.)

LA paráfrasis de una frase de Benavente, que sirve de título, se completa con el pensamiento quinteriano. La visión pesimista de la frase que los dos autores sevillanos escribieron en 1909 llegó a realizarse sobre ellos mismos, en el desdoro de su fama póstuma y en la marginación de su legado teatral; pero también en la degradación del ambiente social español de nuestros días. Con laudable valentía, rondando la temeridad, lo ha expuesto recientemente Julián Marías:

«Tengo la impresión de que estamos envueltos en una red de falsedad, cada vez más tupida, que puede llegar a ser asfixiante. Se elogia con ditirambos a personas que no lo merecen, pero esto no sería más que

* Jesuita. Escritor. Colegio Chamartín. Madrid.

un error; lo grave es que no se las estima, que se sabe que no lo merecen, y por eso se las exalta. Se habla de libros que no interesan nada; más aún, que no se leen porque no se pueden leer, porque son literalmente ilegibles, como la estopa es indeglutible. Se ensalzan —y cotizan a altos precios— obras de “arte” de las que se aparta la mirada con repulsión».

Ditirambo a personas

APARECEN en lugar destacado, no sólo en las llamadas «revistas del corazón», sino también en los suplementos semanales de los grandes diarios. Exaltar personas que han escalado una cima en el mundo social del arte, del cine, del teatro, de ciertas profesiones, puede tener alguna justificación. Pero difundir interioridades personales y familiares de quienes únicamente poseen la relevancia de disfrutar una situación económica privilegiada, que parece, además, permitirles exhibir cínicamente su frívola conducta, sin consideración al escándalo y a la inmoralidad, resulta a todas luces injustificable. De las leyes rigurosas que antiguamente penalizaban comportamientos inmorales, considerados ominosos, hemos llegado a la actual laxitud de incensarlos públicamente. De la lapidación de la mujer adúltera, a su exhibición en portada a todo color.

Eso en la prensa. ¿Y en la televisión?

Escribe el comentarista Alejandro Muñoz Alonso:

«Con el pretexto que dan lo que exige el mercado o que simplemente reflejan lo que pasa en la sociedad, las cadenas compiten sin rubor en mal gusto, grosería y zafiedad, decididas a batir todos los records de la incultura y la desvergüenza.»

Naturalmente, en el fondo de toda conciencia individual, se mantiene la reprobación, y acre reprobación, de tales conductas inmorales y provocativas. Pero al exterior, en los cotidianos ambientes sociales, se elogia y admira a personas que interiormente se juzgan execrables. «Se sabe que no lo merecen, y por eso se las exalta», recalca Julián Marías. Y de «rito idiota» lo califica la escritora Rosa Montero.

Ditirambo a libros

EN alguna manera, resulta más perjudicial que el encumbramiento inmerecido a personas. Libros «literalmente

ilegibles», según Julián Marías, son elogiados encomiásticamente en críticas literarias y ocupan puestos destacados en *best sellers* y en «listas de libros más vendidos», merced a las sagaces técnicas de un seduciente «marketing».

En particular, es desconcertante, por no decir escandaloso, que una buena parte de la poesía contemporánea, prosa rengloneada, sin rima ni ritmo, pletórica de tópicos y vulgaridades, magra de quilates estéticos, se nos exhiba como digna de alzarse sobre el podio de la lírica, casi como «portadora de valores eternos».

Y aun en obras literarias de indiscutible calidad, fallan a veces estas calificaciones, al tratarse de libros sólo asequibles a reducidas minorías culturales. Cuando el poeta Aleixandre recibió el premio Nobel de Literatura, al invadir sus obras los escaparates de las librerías, lograron una extraordinaria demanda. Con todo, un amplio número, inclasificable, de lectores apenas pudieron llegar a la página catorce. Lo mismo viene a ocurrir, no raras veces, con otros premios Nobel de Literatura, cuyo prestigio, por cierto, ha ido erosionándose al no alcanzar, lamentablemente, el nivel requerido a un premio internacional. Y todo, por la presión de connotaciones ideológicas o políticas. Caso emblemático fue el de Menéndez Pidal, candidato internacionalmente reconocido en Historia y Literatura, que, habiendo llegado a vivir casi cien años, se vio privado del premio Nobel por el fanatismo del tribunal escandinavo, que no pareció tener en cuenta que, por su ideología liberal, el historiador medievalista fue destituido temporalmente de la dirección de la Academia Española. El columnista Federico Jiménez Losantos describe atinadamente tal endémica actitud, dando en la diana con una punta de humor:

«... la moda de premiar en literatura a los autores con determinadas características sociales, geográficas o raciales, dejando al margen sus cualidades literarias, que, por lo común, suelen ser inexistentes. Como el Nobel es parte del folklore internacional, cada vez se premia menos a un novelista, dramaturgo o poeta —por curioso sectarismo, los ensayistas no son considerados literatos; a Montaigne nunca lo hubieran invitado a Estocolmo—, y se premia más lo “políticamente correcto”, aunque sea literariamente insignificante. Lo del Nobel de este año (1993) ha sido la apoteosis de esta fórmula siniestra. Yo espero que el año que viene el premio le toque a un negro, a un homosexual, judío o musulmán y enfermo del SIDA...»

No digamos nada de los muchos que, ante las encomiásticas críticas del *Ulises*, de Joyce, originalísima obra de indiscutible valor, calificada como «El Quijote del siglo XX» (!), emprendieron su lectura, sin poseer el nivel cultural indispensable para poder asimilar y gustar su calidad literaria. Sería curioso saber cuántos llegaron a la página catorce.

Los medios de comunicación de masas deberían informar claramente de la verdad, sin lenguajes enrevesados o crípticos, sobre todo en los suplementos culturales, procurando no exaltar, por supuesto, los «libros ilegibles», pero tampoco eludiendo aquilatar el juicio de valor sobre obras meritorias, dirigido discriminadamente a los diversos niveles de lectores, mayoritarios o minoritarios, según la calidad de formación adquirida.

Por otra parte, se disimula y se pone sordina a la visible decadencia de la literatura española contemporánea (globalmente considerada, claro está; hay honrosas excepciones). Especialmente, ciertos novelistas y dramaturgos, después de haber alcanzado merecido prestigio por sus éxitos hace algunos decenios, duermen hoy en los laureles, reverdecidos, incluso, con premios anacrónicos, otorgados por pura inercia de logros pretéritos. En realidad, escriben poco y de menguada calidad. Causa verdadera pena comparar este ambiente literario actual con el de la primera mitad del siglo XX, pletórico de auténticos genios de las letras.

Ditrambo a obras de arte

MUCHO más llamativo que en los libros es el artificioso encumbramiento de obras de arte que no merecen, ni de lejos, tal denominación, de las que, según Julián Marías, «se aparta la mirada con repulsión». Más llamativo que en los libros, porque éstos —excepto en el anticuario— ni se subastan ni se cotizan a altos precios. Particularmente, en las páginas que las publicaciones periódicas dedican a pintores y escultores contemporáneos, el lector queda sorprendido ante los encarecimientos un tanto alambicados de ciertas obras de «arte», que de ninguna manera suscitan el goce estético, sino más bien perplejidad y carcajada consiguiente. Un cuadro con fondo monocolor, tres puntos negros y una raya: el crítico de turno, admirado ante tal maravilla, nos introduce en una fabulosa interpretación simbólica. Una escultura de tres alambres retorcidos, sin más: el crítico, pasmado como ante el «Moisés» de Miguel Angel. Por supuesto, no todo son adhesivos ni chafarrinones;

hay obras modernas bellas y merecedoras de sincera alabanza. Pero da la impresión que los críticos de arte, al glorificar a auténticos fantasmones, pretenden alienar a sus lectores en el área del papanatismo, y contribuir así a la desorbitada cotización de obras mediocres, en vez de discriminarlas de aquellas que poseen auténtica calidad estética.

Cuando se reúne un grupo de amigos, de formación cultural universitaria, y se comentan tales obras de arte, se desploman todos los convencionalismos. Y al aludir a cuadros o esculturas concretas, citando nominalmente sus autores (algunos públicamente galardonados), el regocijo colectivo se torna estruendoso.

Doble moral

EN la vida de las sociedades e individuos siempre ha existido y ha sido frecuentemente denunciada en la Biblia y en los ámbitos de la política, de la literatura y del arte. En el siglo XVII, Molière fustigó acremente la doble personalidad de «Tartufo». En nuestros días, la doble moral se acoge preferentemente a los medios de comunicación. Pero apenas se denuncia.

Periódicos de matiz conservador, por ejemplo, pueden seguir una línea editorial concorde con la moral cristiana en la mayor parte de sus páginas. Sin embargo, en las últimas asoma paladinamente la «otra» moral. Después de haber denunciado valientemente el acoso invasor de la prostitución pública, aparecen las páginas de anuncios por palabras, invitando, y aun provocando, al lector, con léxico insinuante, a visitar centros de lenocinio, lesbianas y homosexuales incluidos, facilitando direcciones, teléfonos y hasta tarifas por tales servicios. Hace algunos años, un periódico de gran difusión, por mantenerse fiel a su línea editorial, rehusó admitir tal publicidad, lo que le ocasionó un pasivo pecuniario considerable.

Asimismo, tras haber ponderado en los artículos de fondo directrices pontificias y eclesíasticas sobre moral familiar y matrimonial, aparecen, en curioso contraste, unos ponderativos «pies» en los fotogramas de ciertos personajes del mundo del teatro, del cine, de la canción, etc., que, después de haber hecho tabla rasa de sus compromisos matrimoniales, mantienen ostentosamente relaciones irregulares. Es muy razonable, desde luego, que un periódico, de la ideología que sea, informe con el debi-

do relieve y no escatime alabanzas a quienes, con sus brillantes espectáculos, han logrado adquirir fama internacional; pero aludir a sus nada ejemplares comportamientos en la vida privada, presentándola casi como modélica, es deslizarse en la pendiente de la doble moral. Los «pies» de los fotogramas están en abierta contradicción con la ética que propugnan los editoriales.

Otros medios de comunicación, ideológicamente más avanzados y menos comprometidos, incurren también en la doble moral en distintos aspectos, particularmente políticos, económicos y financieros. Enumerarlos aquí resultaría un tanto prolijo.

En fin, lejos de toda esta farsa social se encontraría quien adoptase como lema la famosa máxima de Horacio, derivada de un texto aristotélico:

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

«Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad.»

Lema digno de figurar en el frontispicio de la Facultad de Periodismo.